

mos; y así se diría que Dios aparenta no conocer ni escuchar a los soberbios que le rezan. Cuando éstos le llaman, respóndeles: *En verdad os digo, no os conozco* (Mt. 25, 12). Los soberbios son, en una palabra, odiados de Dios y de los hombres (Eccli. 10, 7). A veces los hombres se hallan forzados por la necesidad a honrar a los soberbios, pero en el corazón los detestan y los desprecian, aun en presencia de los demás, como dice el libro de los Proverbios (Prov. 11, 2). Hablando San Jerónimo de la humildad de San Pablo, escribe alabándola así: «Alcanzaba gloria huyendo de ella; porque así como la sombra sigue a quien de ella huye y parece que huye de quien la sigue, así la gloria sigue a quien la desprecia y se aleja de quien la busca» (*Ep. ad Eustoch.*). *El que se exaltare, será humillado, y el que se humillare, será exaltado* (Mt. 23, 12).

Sacerdote habrá, por ejemplo, que haya hecho una obra buena; si se calla, todos, al saberla, lo alabarán; pero si la va publicando por todas partes con el fin de cosechar alabanzas, no las cosechará, y en vez de alabanzas cosechará desprecio. ¡Qué vergüenza, exclama San Gregorio, ver que «los maestros que habían de enseñar humildad se convierten con sus ejemplos en maestros de soberbia!» (*Ep.*, l. 4, ep. 32). Ni vale decir: Yo hablo para dar a conocer el hecho y que por él se alabe al Señor. «Hablar de la obra, dice Séneca, equivale a gloriarse de ella» (*Ep.* 105). Cuantos os oigan gloriaros del bien que hacéis, juzgarán que lo contáis para alabaros, y así perderéis la estima ante los hombres y el mérito ante Dios, quien viéndose ya alabados, como buscabais, os dirá aquello del Evangelio: *En verdad os digo: firman el recibo de su paga* (Mt. 6, 2). Dice el Señor: *Tres castas* (de

hombre) *detesta mi alma, indignándome mucho en la vida de ellos: pobre soberbio, rico mentiroso y anciano adúltero, falto de inteligencia* (Eccli. 25, 3-4).

II. Práctica de la humildad

Vengamos ya a la práctica y veamos lo que tenemos que hacer para ser verdaderamente humildes, no de nombre, sino realmente.

1.º *Aborrecer el orgullo*

En primer lugar necesitamos concebir sumo horror al vicio de la soberbia, porque, como ya dijimos, *Dios se opone a los soberbios, mas a los humildes otorga su gracia* (Iac. 4, 6). Para que el sacerdote conserve de modo especial la castidad, necesita una asistencia especial de Dios; pero si es orgulloso, ¿cómo podrá guardar la castidad, si en castigo de su soberbia lo privará el Señor de su ayuda? *Preludio de ruina es la soberbia*, dice el Sabio (Prov. 16, 18); de lo que concluye San Agustín que en cierto sentido es útil que los soberbios caigan en cualquier pecado manifiesto, para que con ello aprendan a humillarse y detestarse a sí mismos (*De civ. Dei*, l. 14, c. 13). Esto aconteció a David, que cayó en adulterio por no ser humilde, como confesó después entre lágrimas: *Antes anduve errado que afligido* (Ps. 118, 67). Dice San Gregorio que «el orgullo es semillero de impurezas, porque la carne precipita en el infierno a los que la altivez ensalza» (*Mor.*, l. 26, c. 12). La soberbia va fácilmente acompañada del espíritu de im-

pureza. *Espíritu de fornicación reside en su interior y no conocen a Yahveh. Mas la gloria de Israel da contra él testimonio* (Os. 5, 4). Preguntad al impuro por qué cae siempre en las mismas torpezas, y os responderá que por la soberbia: el orgullo responderá por él y dirá que él es la causa de las recaídas; el orgulloso, en efecto, tiene gran estima propia, y el Señor lo castiga permitiendo que quede enfangado en sus suciedades. Es el castigo impuesto antiguamente a los sabios del mundo en pena de su orgullo, como dice el Apóstol: *Por lo cual los entregó Dios en sus manos de las concupiscencias de sus corazones, dejándolos ir tras la torpeza hasta afrentar entre sí sus cuerpos* (Rom. 1, 24).

El demonio no teme a los soberbios. Cuenta Cesáreo (*Dial.*, l. 4, c. 5) que cierto día llevaron un poseso a un monasterio cisterciense; el abad llevó consigo a un religioso joven reputado por muy virtuoso, y dijo el demonio: «Si este religioso te manda salir del poseso, ¿te atreverás a resistirte?» «A ese religioso nada temo, porque es soberbio», replicó el enemigo. San José de Calasanz decía que el sacerdote orgulloso está en manos del demonio como pelota que arroja y tira al suelo cuando quiere.

Los santos temieron más al orgullo y a la vanagloria que a cualquier otro mal temporal que les hubiera podido acontecer. Cuenta Surio (*8 Ian.*, V. S. *Sever*) que había un santo varón muy estimado y honrado por los milagros que hacía; viéndose asaltado de vanagloria, pidió el Señor, para librarse de tales tentaciones, que permitiera fuese poseído del demonio, y el Señor lo oyó y permaneció poseído cinco meses por el espíritu infernal y a la vez por el espíri-

tu de la vanidad que le atormentaba. Con este fin permitió el Señor que los santos fuesen también atormentados con tentaciones impuras, y, a pesar de sus ruegos, consiente sus combates, como aconteció con San Pablo, que escribía: *Y a causa de la sublimidad de las revelaciones, por esto, para que no me levante sobre mí, se me dió una espina en mi carne, emisario de Satanás, para que me apuñee, a fin de que no me levante sobre mí. Sobre esto tres veces rogué al Señor que se alejase de mí. Y me ha dicho: Te basta mi gracia, porque la fuerza culmina en la flaqueza* (2 Cor. 12, 7). De modo que, según San Jerónimo, a San Pablo le fué dado el aguijón de la carne como advertencia para conservar la humildad (*Ep. ad Paulam*).

Hagamos aquí otra reflexión. El Señor, para humillar la soberbia del pueblo egipcio, no lo envió para molestarlo osos ni leones, sino ranas. ¿Qué quiere decir con esto? Que Dios permite, a las veces, que seamos molestados por ciertas palabrillas oídas, por ciertas aversioncillas, por ciertas cosucas de nada, a fin de que así conozcamos nuestra miseria y nos humillemos.

2.º *No gloriarse del bien que se haya hecho*

Guardémonos, en segundo lugar, de gloriarnos del bien que se hubiere hecho con nuestra cooperación, sobre todo los que hemos sido elevados a la sublime dignidad del sacerdocio. Harto grandes son los cargos impuestos sobre nuestros hombros. Tenemos encomendada la sublime función de sacrificar a Dios su mismo Hijo. Tenemos encomendado el cuidado

de reconciliar a los pecadores con Dios, mediante la predicación y la administración de los sacramentos. *Nos dió el ministerio de la reconciliación* (Mor., l. 26, c. 11). Somos los embajadores, vicarios de Jesucristo y órganos del Espíritu Santo (ibid., v. 20). Dice San Jerónimo que los montes más altos son los más combatidos de los vendavales, más expuestos estamos a los ataques de la vanagloria. Todo el mundo nos estima y nos tiene por sabios y por santos. Quien está en un lugar alto, fácilmente siente vahidos.

¡Cuántos sacerdotes, por carecer de humildad, cayeron miserablemente en el precipicio! Subieron hasta a hacer milagros, y después la ambición los hizo caer en la herejía. Taciano escribió mucho y bien contra los idólatras, y por su soberbia se trocó en hereje. El franciscano Justino cayó, por su orgullo, de los más elevados grados de la contemplación en la apostasía y murió apóstata y condenado. Cuéntase en la vida de San Palemón que cierto monje que había caminado ileso sobre carbones ardientes, se vanagloriaba de ello y decía: «¿Quién de vosotros podrá caminar sobre carbones ardiendo sin quemarse?» Reprendióle San Palemón; pero el desgraciado, hinchado de orgullo, cayó en pecado y murió en mal estado.

El hombre espiritual dominado por la soberbia es un ladrón peor que los demás, porque roba no bienes terrenos, sino la gloria de Dios. Por esto, San Francisco de Asís solía pedir: «Señor, si me concedéis cualquier bien, guardádmelo vos, no sea que os lo robe». Esta es también la oración que debemos hacer los sacerdotes a una con San Pablo: *Por gracia de Dios soy eso que soy* (1 Cor. 15, 10). En efecto, según el Apóstol, por nosotros mismos no podemos

hacer buena obra, ni siquiera tener un buen pensamiento (2 Cor. 3, 5).

De aquí procede esta advertencia del Señor: *Cuando hubiereis hecho todo lo que se os ordenó, decid: Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer, eso hemos hecho* (Lc. 17, 10). ¿Qué utilidad pueden reportar a Dios nuestras obras? ¿Qué necesidad puede tener Dios de nuestros bienes? *Tú eres mi dueño*, decía David; *no hay para mí bien fuera de ti* (Ps. 15, 2). Y Job añadía: *Si eres justo, ¿qué le das? O ¿qué recibe de tu mano?* (Iob 35, 7). ¿Qué presente podemos hacer nosotros a Dios que le haga más rico? Además somos siervos inútiles, porque todo cuanto hacemos es nada para un Dios que merece infinito amor y que ha padecido tanto por nuestro amor. Por eso escribía de sí mismo el Apóstol: *Si predico el Evangelio, no es para mí gloria ninguna; coacción es la que pesa sobre mí* (1 Cor. 9, 16). Cuanto hacemos por Dios estamos obligados a hacerlo por gratitud, tanto más cuanto que lo que hacemos es más obra suya que nuestra. «¿Quién no se reiría de las nubes, pregunta San Bernardo, si se vanagloriasen de las lluvias que derraman?» (*In Cant.*, serm. 13); y añade que en las obras de los santos no hay que buscar tanto el alabarlos a ellos cuanto a Dios, que las hace por mediación suya. Lo mismo dice San Agustín: «Si hay algún bien, pequeño o grande, viene de Vos, pues de nosotros no puede proceder sino el mal» (*Solil., an ad D.* c. 15). Y en otro lugar, hablando con Dios, escribe: «Quien cuenta los méritos propios, ¿qué hace sino contar vuestros dones?» (*Conf.*, l. 9, c. 13).

Por eso, cuando hagamos algún bien, digamos al Señor: *Te devolvemos, Señor, lo que de tu mano re-*

cibimos (1 Par. 29, 14). Cuando Santa Teresa hacía o veía hacer algún bien, alababa por ello a Dios, diciendo que todo ese bien procedía de El. De aquí que San Agustín nos advierta que «donde no precede la humildad, todo cuanto bien hicierámos será pasto del orgullo (*Ep.* 118, *ad Diosc.*). Y en otro lugar añade: «El orgullo va a caza de las buenas obras para hacerlas perecer» (*Ep.* 211). San José de Calasanz añadía que cuanto más favorecidos nos sintierámos de las gracias de Dios, tanto más nos habemos de humillar, si no queremos perdernos completamente. Todo se pierde, por poca estima que se tenga de sí mismo. «El que hace muchas obras de virtud, pero sin humildad, es como quien lanzara polvo al viento», decía San Gregorio (*In Ps. poenit.*, 3). Y Trite-mio añade: «Despreciando a los demás, te hiciste el peor de todos».

Los santos no sólo no se gloriaron de ningún mérito propio, sino que hubieran preferido manifestar a los demás cuanto redundara en desprecio propio. El P. Villanueva, de la Compañía de Jesús, no se desdeñaba de publicar que su hermano era un pobre trabajador. El P. Sanchini, también jesuíta, encontrándose ante mucha gente con su padre, que era un pobre mulatero, se apresuró a abrazarlo, diciendo: «¡Hola! Este es mi padre». Leamos las vidas de los santos y nos pasará la soberbia; en ellas aprenderemos rasgos históricos, a vista de los cuales nos avergonzaremos de lo muy poco que hayamos hecho.

3.º *Mantenerse en desconfianza de sí mismos*

Necesitamos en tercer lugar vivir en continua des-

confianza de nosotros mismos. Si Dios no nos ayuda, no nos podemos conservar en su gracia: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano el centinela estará alerta*. Y si Dios no actúa en nosotros, no podemos hacer bien alguno: *Si el Señor la casa no edifica, en vano el centinela estará alerta* (Ps. 126, 1). Santos ha habido que con poca ciencia convirtieron pueblos enteros. San Ignacio de Loyola, predicando en Roma familiarmente, y hasta con expresiones impropias por no saber bien el italiano, hacía tal provecho en sus oyentes, que acudían presto a confesarse, derramando tantas lágrimas que apenas si podían hablar; las palabras del santo habían salido de un corazón humilde y enamorado de Dios (Vida..., l. 3, c. 2). Por el contrario, sabios hay que con toda su ciencia y facundia no convierten con sus predicaciones ni a un alma sola. A éstos se aplican las palabras de Oseas: *Dales matriz infecunda y senos enjutos* (Os. 9, 14). Tales predicadores, hinchados con su saber, son madres estériles, madres de nombre tan sólo, pero sin hijos. Y si quizás, los hijos ajenos acuden a pedirles leche. *La ciencia infla, más la caridad cria robustez maciza* (1 Cor. 8, 1). A esta desgracia están expuestos los sabios. Difícil es, como escribía el cardenal Belarmino a un sobrino suyo, que el sabio sea muy humilde, que no desprecie a los demás, que no censure sus obras, que no se aferre al propio juicio y que se someta con agrado al parecer y correcciones de los demás.

Cierto que cuando se predica no hay que hablar por hablar, sino de un modo meditado y estudiado; pero después de haber preparado el sermón y después de haberlo pronunciado inteligente y fácilmente, debemos decirnos: Siervos inútiles somos. Nunca

esperemos el fruto de nuestro trabajo, sino de la mano de Dios. En efecto, ¿qué proporción puede haber entre nuestras palabras y la conversión de los pecadores? *¿Se va a vanagloriar el hacha contra quien corta con ella?* (Is. 10, 15), hasta llegar a decirle: Yo, y no tú, corté el árbol. Somos semejantes a trozos de hierro, incapaces de movernos por nosotros mismos si no nos mueve Dios. *Fuera de mí, nada podéis hacer* (Io. 15, 5). No dice, comenta San Agustín que sin El podremos hacer poco, sino que no podremos hacer nada (*In Io.*, tr. 81). Y el Apóstol dijo: *No que por nosotros mismos seamos capaces de discurrir algo como de nosotros mismos, sino que nuestra capacidad nos viene de Dios* (2 Cor. 3, 5). Si no podemos concebir ni un pensamiento por nosotros mismos, ¿cuánto menos podremos ejecutar una obra buena? *Ni el que planta es algo ni el que riega, sino el que obra el crecimiento, que es Dios* (1 Cor. 3, 7). El predicador o el confesor que hablan no son quienes hacen que las almas crezcan en la virtud, sino que es Dios quien lo hace todo. De aquí concluye el Crisóstomo: «Reconozcamos nuestra inutilidad, para llegar a ser útiles» (*Ad pop. Ant.*, hom. 7). Por lo tanto, cuando nos sintamos alabados, pasemos inmediatamente toda la honra a Dios, a quien pertenece, diciendo: *Al Rey de los siglos, inmortal, invisible único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos* (1 Tim. 1, 17). Y cuando la obediencia nos imponga alguna carga u ordene alguna obra, no desconfiemos mirando nuestra incapacidad, sino confiemos en Dios, que nos habla por boca de los superiores y nos dice: *Yo asistiré a tu boca* (Ex. 4, 15).

Decía el Apóstol: *Con sumo gusto, pues, me glo-*

riaré bien en mis flaquezas, para que fije en mí su morada la fuerza de Cristo (2 Cor. 12, 9). También debiéramos decir: nos hemos de gloriar en el conocimiento de nuestra flaqueza para adquirir la virtud de Jesucristo, que es la santa humildad. ¡Cuán grandes cosas llegan a ejecutar los humildes! «Nada hay difícil para los humildes», dice San León (*De Epish.*, serm. 5). Sí, porque los humildes, confiando en Dios, trabajan con su divino brazo, y de aquí que alcancen cuanto quieran. *Los que esperan en Yahveh renuevan las fuerzas* (Is. 40, 31). Decía San José de Calasanz: Quienquiera que Dios se valga de él para grandes cosas, hágase el más humilde de todos. El humilde dice: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta* (Phil. 4, 13). Aun cuando vea lo difícil de la empresa, no desconfíe, sino repita confiadamente: *Con Dios pelearemos denodados* (Ps. 69, 14). Jesucristo, para la conversión del mundo, no quiso elegir a los poderosos ni a los sabios, sino a pobres e ignorantes pescadores, porque eran humildes y estaban muy lejos de confiar en sus propias fuerzas: *Lo débil del mundo se escogió Dios para confundir lo fuerte..., a fin de que no se glorie mortal alguno en el acatamiento de Dios* (1 Cor. 1, 27-29). Con todo, no desconfiemos a vista de nuestros defectos; por recaídas que tuviéremos en ellos, aun después de los propósitos y promesas hechas a Dios, no debemos abandonarnos a la desconfianza, como pretende el demonio para precipitarnos en pecados más graves; entonces más que nunca pongamos nuestra confianza en Dios, aprovechando hasta de nuestras faltas para confiar aún más en la misericordia divina. Así se entiende lo del Apóstol: *Dios coordena toda su acción al bien de los que le aman* (Rom. 8, 28); y la Glosa

añade: Y hasta nuestros pecados. El Señor permite a las veces que se caiga o se recaiga en algún defecto para que de ahí aprendamos a desconfiar de nosotros y confiar solamente en la ayuda divina. Por eso decía David: *Bueno me es haber sido afligido* (Ps. 118, 71). Señor, permitisteis mis caídas para bien mío y para que aprendiera a ser humilde.

4.º *Aceptar las humillaciones*

En cuarto lugar, necesitamos, sobre todo, para adquirir la humildad aceptar las humillaciones que nos vengan de Dios o de los hombres y repetir con Job: *Había pecado y torcido el derecho, mas él no me ha dado mi merecido* (Iob. 33, 27). Algunos, como advierte San Gregorio, dicen de boca que son pecadores, malvados y dignos de los mayores desprecios; pero no lo creen, porque luego, si son despreciados o reprendidos de los demás, acaban irritándose. Muchos, escribe San Ambrosio, tienen apariencias de humildad, pero no su realidad (Ep. 44). Cuenta Casiano de cierto monje que en el momento en que se declaraba gran pecador, indigno de estar en la tierra, fue corregido por el abad Serapión de un defecto notable: el de andar ociosamente de celda en celda, en vez de estar retirado en la suya, según la regla. Al oírlo turbóse el monje y dió de ello manifiesta pruebas; por lo que el abad hubo de decirle: ¡Cómo, hijo!, ¿conque hace un poco decías que merecías toda suerte de oprobios, y ahora te irritas por una palabra de caridad que te acabo de decir? Igual acontece con muchos, que quisieran ser tenidos por humildes y

luego no quieren ser humillados en nada. Se lee en el libro del Eclesiástico: *Hay perverso que camina encorvado y melancólico, mas en su interior está lleno de fraude* (Eccli. 19, 23). «Buscar la alabanza de la humildad, decía San Bernardo, no es humildad, sino destrucción de la humildad» (*In Cant.*, serm. 36), porque esto no es más que fomentar la soberbia con la ambición de parecer humilde. Quien es verdaderamente humilde no sólo tiene bajo concepto de sí, sino que también quiere que los demás piensen de él como él mismo piensa. «Aquél es humilde, decía San Bernardo, que trueca la humillación en humildad» (*In Cant.*, serm. 16). El verdadero humilde, cuando recibe desprecios, se humilla más, declarando que los mereció justamente.

Recordemos, por fin, si no somos humildes, no sólo no haremos bien alguno, sino que ni siquiera nos salvaremos. *Si no os tornareis e hicieréis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt. 18, 3). Por lo tanto, para entrar en el cielo necesitamos hacernos niños no en la edad, sino en la humildad. Dice San Gregorio que «así como la soberbia es señal de reprobación, así la humildad es señal de predestinación» (*Mor.*, l. 34, c. 22). Y Santiago nos advierte: *Dios se opone a los soberbios, mas a los humildes otorga su gracia* (Iac. 4, 6). El Señor cierra la mano de sus gracias con los soberbios y la abre con los humildes. *Humillate a Dios*, decía el Eclesiástico, *y espera de su mano* (Eccli. 13, 9). Y nuestro Salvador dijo: *En verdad, en verdad, os digo, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda él solo; mas si muere, lleva mucho fruto. Quien ama su vida, la pierde; y quien aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna* (Io. 12, 24). El

sacerdote muerto al orgullo hará mucho fruto, y el que no muere a sí mismo y es sensible a los desprecios o confía, en sus talentos *queda él solo* y no producirá fruto alguno, ni para sí ni para los demás.

PLATICA VII

DE LA MANSEDUMBRE

Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón (Mt. 11, 29). La mansedumbre se llama virtud del Cordero, es decir, de Jesucristo, que así quiso ser llamado. *He aquí al Cordero de Dios* (Io. 1, 29). *Enviad corderos al soberano del país* (Is. 16, 1). Fue predicho que se portaría como un cordero en su pasión: *Fue maltratado, mas él se doblegó y no abre su boca; como cordero llevado al matadero* (Is. 53, 7). *Yo era como manso cordero que es llevado a degollar* (Ier. 11, 19). Así, pues, la mansedumbre fue la virtud predilecta de nuestro Salvador. Bien demostró lo manso que era en los beneficios que hizo a los ingratos, en la bondadosas respuestas a sus contradictores y en el sufrir a quienes le injuriaban y desgarraban, sin queja alguna: *Siendo ultrajado, no respondía con otros ultrajes; siendo maltratado, no prorrumpía en amenazas* (1 Pet. 2, 23). Después de haber sido azotado, coronado de espinas, escupido en el rostro, clavado y saciado de oprobios, lo olvidó todo y rogó por los que lo habían tan indignamente tratado. Por eso nos exhortó a que aprendiéramos de su ejemplo, sobre todo humildad y mansedumbre: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11, 29).

Dice San Juan Crisóstomo que, entre todas las virtudes, la mansedumbre es la que nos hace más semejantes a Dios (*Hom. 19 in ep. ad Rom.*). Sí, porque sólo es propio de Dios devolver bien por mal; que por eso dijo el Redentor: *Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos; por cuanto hace salir su sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos* (Mt. 5, 44-45). Esto hizo decir a San Juan Crisóstomo que sólo a los mansos llamó Jesucristo imitadores de Dios (*Serm. de mansuetud.*).

A los mansos está prometido el paraíso: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra* (Mt. 5, 4). Dice San Francisco de Sales que la mansedumbre es la flor de la caridad. Y el Eclesiástico añade: *Su beneplácito, fe y mansedumbre* (Eccli. 1, 34). El corazón manso es fiel y hace las delicias del Señor: *Ensalza a los humildes el Señor* (Ps. 146, 6). Las oraciones de los que son mansos y humildes son muy gratas a Dios, como se lee en el libro de Judit (Iudith 9, 6).

La virtud de la mansedumbre consiste en dos cosas: 1.^a, en reprimir los movimientos de cólera contra quienes la provocan, y 2.^a, en soportar los desprecios.

I. Hay que reprimir la cólera

En cuanto a lo primero, San Ambrosio dice que la pasión de la ira tiene que prevenirse o reprimirse (*Offic.*, l. 1, c. 21). Quien se siente arrastrado a este vicio ha de tener mucho cuidado de huir de las ocasiones; y si aconteciere que se ha de hallar en ellas,

tome primero sus precauciones, callando o respondiendo mansamente, o con la oración, rogando al Señor le dé fuerza para resistir y no alterarse. Quizás haya alguno que se excuse diciendo: «Pero si fulano es insufrible y harto importuno...» Pues bien, «la virtud de la mansedumbre, advierte el Crisóstomo, no consiste en usar de mansedumbre con los mansos, sino con quienes ignoran qué cosa sea mansedumbre» (*In Ps.* 119). En especial, cuando el prójimo está irritado no hay medio mejor para aplacarlo que responderle mansamente. *Una respuesta blanda aplaca el furor* (Prov. 15, 1). «Como el agua apaga el fuego, así, dice San Juan Crisóstomo, la respuesta suave amansa el furor de nuestro hermano, por irritado que esté» (*In Gen.*, hom. 58). Ya antes lo había dicho el Eclesiástico: *Dulce garganta acrecienta amigos, y labios llenos de gracia, las relaciones* (Eccli. 6, 5). De no ser así, añade el Crisóstomo, «el fuego no se apagará con el fuego ni el furor con el furor» (L. c.). Hasta con los pecadores más perdidos, obstinados e insolentes es preciso que nosotros, sacerdotes empleemos toda dulzura para atraerlos a Dios. «Vosotros, escribió Hugo de San Víctor, no tenéis por oficio el de jueces para castigar crímenes, sino el de médicos de enfermedades para curarlas» (*Misc.*, l. 1, tít. 49).

Cuando, por el contrario, nos sentimos agitados por movimientos de cólera, el remedio será callarnos y pedir al Señor que nos dé fuerzas para no responder. «El remedio está en la espera», decía Séneca (*De ira.* l. 2, c. 28), porque, si hablamos llevados de la pasión, nos parecerá justo cuanto digamos, aun cuando todo sea injusto y defectuoso, porque «la pasión es como velo que se nos pone delante de los ojos

y no nos deja ver lo que decimos», como apuntaba San Bernardo (*De consid.*, l. 2, c. 11). Veces habrá en que nos parezca justo y aun necesario reprimir la audacia del insolente, por ejemplo, de un súbdito que nos pierde el respeto. Entonces, claro está, rigurosamente hablando, que convendría cierta cólera moderada, según la recta razón, como decía el Angélico (2-2, q. 158, a. 1), siguiendo a David: *Temblad y no pequéis* (Ps. 4, 5); pero convendría también que lo hiciéramos sin culpa nuestra; y aquí está la dificultad. Dejarse llevar por la mano de la ira es cosa harto peligrosa; es como cabalgar en caballo furioso y sin freno, que no se sabe dónde nos llevará. De aquí que San Francisco de Sales escribiera que siempre es conveniente reprimir los movimientos de la ira y que es mejor se diga de ti que nunca te enfadas, que no el que se diga que te enfadas con razón. Cuando la ira entra en el alma, dice San Agustín, se la echa con dificultad; por lo que nos exhorta a que desde un principio le cerremos la puerta para que no entre. Además, cuando el reprendido ve al superior irritado, de poco aprovechará su corrección, pues pensará que más que de caridad es fruto de ira. La corrección hecha con suavidad y semblante serenos es más útil que mil reproches, por justos que fueren, cuando se hacen con enojo.

Por lo demás, la virtud de la mansedumbre no exige que para usar indulgencia y no desagradar al prójimo, descuidemos el reprenderlo, con la severidad que convenga, si necesario fuere; esto no sería virtud, sino falta y negligencia imperdonable. *¡Ay*, dice el profeta, *de los que facilitan almohadas a los pecadores para que duerman en paz su sueño de muerte!* (Ez. 13, 18). Esta complacencia culpable dice San

Agustín que no es caridad, sino negligencia (*In I Io.*, tr. 7). Más aún, es crueldad con las pobres almas, que así se pierden sin hallar quien les advierta su ruina. Dice San Cipriano que cuando el enfermo siente la cortadura se queja del cirujano, pero acaba por agradecérselo al recobrar la salud (*De lapsis*). La mansedumbre exige, por tanto, que cuando se haya de corregir al hermano se haga siempre con firmeza, es cierto, pero también con dulzura, y para conseguirlo nos exhorta el Apóstol a que antes de hacer la corrección a los demás pensemos primero en nuestros defectos, para compadecer al prójimo como nos compadecemos a nosotros: *Hermanos, si acaso fuere un hombre sorprendido en algún desliz, vosotros los espirituales enderezad a este tal con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado* (Gal. 6, 1). Pedro de Blois defiende ser cosa vergonzosa ver que un superior corrige colérico y con acritud (*Ep.* 100). «Tan villana es la cólera, que torna horribles los rostros más plácidos de los hombres», dice Séneca (*De ira*, l. 2, c. 35). Valga, pues, siempre la advertencia de San Gregorio: «Que el amor no tenga nada de flojo; que el rigor no llegue a exasperar al culpable; que la mansedumbre sea indulgente, pero no más allá de lo que proceda» (*Mor.*, l. 20, c. 6).

«Los médicos, dice San Basilio, no deben irritarse con los enfermos, sino tan sólo combatir sus enfermedades para sanarlos». Cuenta Casiano de cierto joven religioso que molestado por tentaciones contra la castidad, fue a pedir consejo a otro monje anciano; éste, en vez de ayudarle y animarle, lo afligió aún más con los reproches que le dirigió. Y ¿qué

aconteció? Que el Señor permitió que el anciano fuese de tal modo asaltado por el espíritu de impureza, que se ponía a correr, como loco, por el monasterio, Entonces el abad Apolo, sabedor de su conducta indiscreta con el joven, lo detuvo y le dijo: Sepa, hermano, que Dios permitió estas tentaciones para que aprenda a compadecer a los demás.

Por lo tanto cuando veamos las debilidades y hasta las caídas de los demás, ilejos de nosotros el reprocharlos con el más mínimo sentimiento de vanidad personal!; al contrario, ayudemos al prójimo como podamos, pero humillémonos a nosotros mismos, pues, de no hacerlo así, Dios permitiría que cayéramos en los mismos defectos que lamentamos en los demás. Cuenta a este respecto el propio Casiano (*De coenob. ins.*, l. 5, c. 30) que cierto abad llamado Machete confesaba de sí haber caído miserablemente en tres faltas que primero había condenado en sus hermanos. Por esto advierte San Agustín que «la corrección debe ir siempre precedida no de la indignación, sino de la compasión de nuestros prójimos» (*De serm. Dom. in monte*, l. 2, c. 19). Y San Gregorio añade que la consideración de nuestras faltas nos enseñará a compadecer y excusar las culpas de los demás (*Mor.*, l. 5, c. 33).

El irritarse nunca es útil para sí ni para los demás. Si no se siguieran otros males, al menos se perdería la paz. El filósofo Agripino, al enterarse de la pérdida de sus bienes, exclamó: «Si perdí las riquezas, no quiero perder la paz». Mucho mayor daño nos hace enojarnos a causa de las injurias que el daño que las mismas injurias nos podrían hacer. Decía Séneca: «Mas me dañará la ira que las injurias» (*De ira*, l. 3, c. 25). Quien se irrita por los ultrajes que recibe se

trueca en su propio tormento, como decía San Agustín, hablando así al Señor: «Ordenasteis, Señor, que el alma que sale del orden sea su propio verdugo» (*Conf.*, l. 1, c. 12).

El maestro de la dulzura, San Francisco de Sales, enseña que hay que conservar la mansedumbre no sólo con los demás, sino también consigo mismo. Hay quienes después de haber cometido una falta se enojan e inquietan consigo, y con esta inquietud cometen luego mil otros defectos. San Luis Gonzaga decía, que, a río revuelto, ganancia de demonios. En vista, pues de las propias faltas, no nos inquietemos, porque la turbación será entonces efecto de nuestro orgullo y de la alta idea que habíamos concebido de nuestra virtud. Lo que entonces hemos de hacer es humillarnos, detestar en paz la falta cometida y acudir prontamente a Dios, esperando de El su ayuda para no volver a caer.

En resumen, que los verdaderos humildes y mansos viven siempre en paz, y en cualquier percance conservan siempre la tranquilidad de corazón. Es promesa de Jesucristo: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas* (Mt. 11, 29). Y antes lo dijo por David: *La tierra, en cambio, heredarán los mansos y gozarán de abundosa paz* (Ps. 36, 11). San León dice también: «No hay injuria, ni pérdida, ni infortunio que pueda turbar la paz del corazón manso» (*De Epiph.*, serm. 5).

Y si aconteciere, por desgracia, que nos hubiéremos de irritar en cualquier ocasión, procuremos, como aconseja el santo Obispo de Ginebra, reprimir la ira, sin detenernos a deliberar si conviene o no conviene reprimirla. Terminada la querrela con

quien fuese, practiquemos el consejo de San Pablo: *No se ponga el sol y caiga la noche sobre vuestra ira ni deis lugar al diablo* (Ephes. 4, 26). Procuremos entonces ponernos en paz con nosotros mismos y luego reconciliémonos con quien nos hayamos enfadado, para que el demonio no pueda con aquella chispa encender en nosotros alguna llama mortal capaz de perdernos.

II. Hay que soportar los desprecios

La segunda cosa en que estriba sobre todo la mansedumbre es la virtud en soportar los desprecios. Muchos, decía San Francisco de Asís, ponen la santidad en rezar muchas oraciones o en practicar muchas mortificaciones corporales, y a vuelta de todo ello no pueden sufrir cualquier palabrilla injuriosa. Estos tales, continuaba el Santo, «no se dan cuenta de cuánto mejor es tolerar las injurias». Merecerá más el alma recibiendo en paz una afrenta que ayudando diez días a pan y agua.

Dice San Bernardo que hay tres grados de virtud a que ha de aspirar quien quiera santificarse: el primero, no querer dominar a los demás; el segundo, querer someterse a todos, y el tercero, soportar pacientemente los ultrajes (*De divers.*, serm. 60). Veréis, por ejemplo, que a los demás se conceden cosas que a vosotros se os niegan, que se atiende a lo que los demás dicen y se burla de lo que vosotros decís, que se alaba a los demás, se les elige para oficios honrosos y negocios importantes y que a vosotros no se os tiene en cuenta y hasta que cuanto vosotros hacéis es

causa de reprensiones y de burlas; entonces, dice San Doroteo, seréis verdaderamente humildes si aceptáis en paz todas estas humillaciones y encomendáis a Dios a quienes así os tratan, como si fueran vuestros mejores amigos, ya que os curan de vuestro orgullo, que es la más peligrosa enfermedad, capaz de daros la muerte eterna.

En las vicisitudes de tu humillación ten paciencia, decía el Eclesiástico (Eccli. 2, 4). He aquí, pues, lo que hay que hacer en tales circunstancias: no enfadarse ni quejarse, sino aceptar los desprecios como castigo de los propios pecados. Muchas más humillaciones merece quien ha ofendido a Dios, pues merece estar bajo los pies de los demonios.—Estando en cierta ocasión de viaje San Francisco de Borja, tuvo que acostarse en la misma cama con su compañero el P. Bustamante, quien, debido a su asma, hubo de pasar toda la noche entre toses y esputos; pero, creyendo que escupía hacia la pared, lo hacía hacia San Francisco, y no pocas veces en su misma cara. Venido ya el día, fué grande su aflicción al ver lo que había hecho; pero el santo le replicó mansamente: «No se apene, Padre mío, porque a la verdad que en la alcoba no hay lugar que merezca mejor que mi cara los esputos».

Los orgullosos se creen dignos de todo honor, y las humillaciones que reciben las convierten en materia soberbia; los humildes, en cambio, por estimarse dignos de todas las injurias, cambian los desprecios que se les hacen en materia de humildad. «Aquel es humilde, decía San Bernardo que trueca la humillación en humildad» (*In Cant.*, serm. 34). Decía el P. Rodríguez que los orgullosos son como los erizos, pues cuando se les toca un poquillo, tórnanse espi-

nas, enfurécense y prorrumpen en quejas, reproches y murmuraciones contra los demás. Los humildes, por el contrario, cuando se ven reprendidos, se humillan, se declaran llenos de defectos, agradecen a quien los reprende y no se turban. Turbarse al ser corregido es señal de que aun se vive bajo el yugo del orgullo; de aquí que, si al ser reprendidos nos sentimos turbados, debemos humillarnos ante Dios y rogarle nos libre de la mano de la soberbia, que aun reina en nuestro corazón.

Mi nardo dio su fragancia (Cant. 1, 11). El nardo es florecilla muy olorosa que expande su perfume cuando la rozan o la tronzan. ¡Qué olor de suavidad proporciona a Dios el alma humilde cuando sufre pacientemente los desprecios, complaciéndose en verse despreciada y maltratada de los demás! Preguntado el monje Zacarías sobre lo que había que hacerse para conquistar la verdadera humildad, tomó su cogulla, la pisoteó y respondió: «Quien se complace en verse tratado como este paño, éste es verdadero humilde». Decía el P. Alvarez que el tiempo de las humillaciones es tiempo de salir de nuestras miserias y de conquistar muchos méritos. Lo estrecho que es el Señor con los soberbios, decía el Apóstol Santiago, eso es de liberal con los humildes (Iac. 4, 6). Las palabras halagueñas del que alaba, afirmaba San Agustín, no pueden curar la conciencia culpable ni las groserías del que injuria pueden herir la conciencia buena (*Contra Petit.*, l. 3, c. 7). Igual pretendía afirmar San Francisco de Asís con estas palabras: «Somos realmente lo que somos ante Dios». Poco importa, por lo tanto, que los hombres nos alaben o nos vituperen; basta que nos

apruebe Dios; Y Dios, ciertamente, aprueba a quienes sufren con alegría las injurias por su amor.

Los suaves son estimados de Dios y de los hombres. Dice San Juan Crisóstomo que no hay cosa más edificante ni más propia para ganar corazones para Dios que la mansedumbre de quien después de los vilipendios, burlas e injurias no se resiente, sino que lo recibe todo con paz y rostro sereno. «Nada hay que concilie al amo tantas simpatías, añadía el Santo, como verlo siempre manso y afable» (*S. de Mansuet.*). Escribe San Ambrosio que los hebreos «amaban más a Moisés a causa de su mansedumbre en medio de los ultrajes que lo veneraban por los prodigios que obraba» (*Offic.*, l. 2, c. 7). «El manso, dice también San Juan Crisóstomo, es útil y a sí y a los otros» (*In Act.*, hom. 6). Cuenta el P. Maffei que, predicando en el Japón cierto religioso de la Compañía de Jesús, recibió de un insolente un salvazo en la cara; limpióse el jesuita con el pañuelo y prosiguió predicando, como si nada hubiera pasado. Uno de los asistentes, al verlo, se convirtió, exclamando: «Doctrina que enseña tamaña humildad no puede menos de ser verdadera y divina». Así también la mansedumbre de San Francisco de Sales, que sufría sin quejarse las injurias, convirtió a muchos herejes. La mansedumbre es la piedra de toque; según San Juan Crisóstomo (*In Gen.*, hom. 34), el medio más seguro para conocer si un alma es virtuosa es ver si conserva la dulzura en las contrariedades. Cuenta también el P. Crasset, en la *Historia del Japón*, que cierto misionero agustino, yendo de paisano en una persecución, recibió una bofetada sin alterarse. Al ver esto lo reconocieron inmediatamente como cristiano, pensando aquellos idólatras que tanta virtud

sólo la podían tener los cristianos.

¡Cuán fácil es soportar toda suerte de desprecios, contemplando a Jesús despreciado! La bienaventurada María de la Encarnación dijo a sus religiosas delante de un crucifijo: «¿Será posible, hermanas, que no nos abracemos con los desprecios viendo a un Dios tan despreciado?» San Ignacio Mártir, al ser llevado a Roma para recibir el martirio y ver cómo lo maltrataban los soldados que lo llevaban, consolábase diciendo: «Ahora empiezo a ser siervo de Cristo» (*Ep. ad Rom.*). Y ¿qué sabrá hacer un cristiano si no sabe soportar un desprecio por Jesucristo? Ciertamente que es muy duro a nuestra soberbia verse calumniado e injuriado y no resentirse ni responder; pero aquí está el mérito, en la violencia que se haga uno. «Tanto aprovecharás, decía San Jerónimo cuanto fuere la violencia que te hicieres» (*De imit.*, l. 1, c. 25). Cierta buena religiosa, cuando recibía una ofensa, iba en seguida al Santísimo Sacramento y le decía: «Señor, soy una pobrecilla que no tiene nada que ofrecer, pero os ofrezco el regalillo de esta injuria que acabo de recibir». ¡Con qué amor abraza Jesús al alma despreciada y cuán presto la consuela y colma de gracias! El alma verdaderamente amante de Jesucristo no sólo sufre en paz los vilipendios, sino que los abraza con gusto y alegría. Los santos apóstoles iban de la presencia del sanedrín gozosos por haber sido hallados dignos de ser afrentados por causa de tal nombre (Act., 5, 41). Decía San José de Calasanz que la segunda parte de este texto se verifica en no pocos: «Por haber sido hallados dignos de ser afrentados por causa de tal nombre», pero que no se verifica la primera: «iban gozo-

sos». Con todo, el que se quiera santificar debe aspirar a esta perfección. «No es humilde decía el mismo San José, quien no desea ser despreciado». El Ven. P. Luis de la Puente, al principio, no acertaba a comprender cómo un hombre pudiera hallar placer en verse despreciado; pero cuando llegó a mayor perfección lo comprendió bien y lo experimentó en sí mismo. Esto enseñó San Ignacio a Santa María Magdalena de Pazzi, apareciéndosele después de muerto y diciéndole que la verdadera humildad consiste en hallar continuo placer en todas las cosas que nos pueden llevar al desprecio propio.

Los mundanos disfrutan menos de los honores que se les tributan que los santos de los desprecios que se les hacen. Fray Junípero, franciscano, cuando recibía alguna injuria, ahuecaba la túnica, como si la llenara de perlas. San Juan Francisco Regis era a menudo en las conversaciones, objeto de la risa de sus compañeros, y no sólo gozaba con ello, sino que hasta daba motivo para mayores burlas. Aparecióse cierto día el Redentor a San Juan de la Cruz llevando la cruz a cuestras y coronado de espinas, y le preguntó: «Juan, ¿qué quieres de mí en premio de tus sacrificios?» Y el santo le respondió: «Señor, padecer y ser despreciado por Vos» (*Brev. Rom.*, lect. 6); que es como si hubiera dicho: Señor, viéndoos a vos tan dolorido y despreciado por mi amor, ¿qué más os puedo pedir sino padecimientos y desprecios?

En suma, y para concluir, quien quiera ser todo de Dios y hacerse semejante a Jesucristo, es preciso que desee ser ignorado y tenido por nada, como afirmaba San Buenaventura y repetía San Felipe Neri frecuentemente a sus hijos espirituales (*Alphab. rel.*). Jesucristo quiere que nos juzguemos

dichosos y saltemos de alegría cuando nos veamos aborrecidos, rechazados y escarnecidos por su amor, y nos asegura que nos recompensará en el cielo a proporción de los desprecios que hubiésemos recibido gozosos: *Bienaventurados sois cuando os aborrecieron a los hombres y cuando os arrojaran de sí y ultrajaren y desecharen vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre: gozaos en aquel día y dad saltos de placer, pues sabed que vuestra recompensa es grande en el cielo* (Lc. 6, 22-23). Y ¿qué mayor gozo puede tener el alma que verse despreciada por amor de Jesucristo? Entonces, dice San Pedro, alcanza mayor honor del que pudiera ambicionar, ya que Dios la trata como trató a su mismo Hijo: *Si sois ultrajados en nombre de Cristo, dichosos vosotros, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros* (1 Pet. 4, 14).

PLATICA VIII

SOBRE LA MORTIFICACION, Y EN ESPECIAL SOBRE LA MORTIFICACION INTERIOR

I. Necesidad de la mortificación en general

Dios hizo al hombre recto (Eccli. 7, 30), de modo que la carne obedecía sin oposición al espíritu y el espíritu a Dios, Intervino el pecado y trastornó este hermoso orden; de aquí que la vida del hombre comenzará a ser una continua guerra: *Pues la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne* (Gal. 5, 17). De esto se quejaba el Apóstol. *Veo*

otra ley en mis miembros, que guerrea contra la ley de mi razón y me tiene aprisionado como cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros (Rom. 7, 23).

De aquí se deduce que hay dos géneros de vida en el hombre: la vida angélica, que atiende sólo a hacer la voluntad de Dios, y la vida bestial, que mira a la satisfacción de los sentidos. Si el hombre se dedica a cumplir la voluntad de Dios, truécase en ángel, y si mira sólo a la satisfacción de los sentidos, conviértese en bestia. De aquí que el Señor dijera por Jeremías: *Ve que te constituyo hoy sobre los pueblos y sobre los reinos para arrancar y destruir, para asolar y demoler, para edificar y plantar* (Ier. 1, 10); y esta misión debemos también continuar en nosotros mismos, porque debemos plantar las virtudes; mas para ello habemos antes de arrancar las malas hierbas. Se impone, por tanto, estar siempre con la azada de la mortificación, para cortar los apetitos desarrreglados que nacen y pululan siempre en nosotros de las raíces de la concupiscencia; de no hacerlo así, el alma se convertiría en bosque de vicios.

En una palabra, que debemos purificar el corazón si queremos tener luces para conocer el sumo bien, que es Dios: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt. 5, 8). Por eso dijo después San Agustín: «Si quieres ver a Dios, procura primero purificar el corazón» (*Serm. 177 in Ascens.*). Pregunta Isaías: *¿A quién va a enseñar ciencia y a quién hará entender su predicación? ¿A los destetados de la leche, a los apartados de los pechos maternos?* (Is. 28, 9). Dios no da la ciencia de los santos, que consiste en conocerlo y amarlo, sino

a quienes están destetados y desasidos de los placeres del mundo: *Mas el hombre animal no coge las cosas del espíritu de Dios* (1 Cor. 2, 14). Quien, como el animal, no sueña más que en saciarse de los placeres sensuales, no es capaz de comprender la excelencia de los bienes espirituales.

San Francisco de Sales dice que así como la sal preserva a la carne de la corrupción, así la mortificación preserva al hombre del pecado. En el alma en que reina la mortificación reinarán también las demás virtudes: *Son mirra, áloe y casia tus vestidos* (Ps. 44, 9). El abad Guerric comenta así este texto: «Si empezáis por esparcir aromas de mirra mediante la mortificación, esparciréis también el perfume de las demás virtudes» (*De Anunt.*, serm. 1); que es lo que expresó la esposa de los Cantares: *Recogí mi mirra con mi bálsamo* (Cant. 5, 1).

Toda nuestra santidad, y aun nuestra salvación, consisten en seguir los ejemplos de Jesucristo: *A los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes, con la imagen de su Hijo* (Rom. 8, 29). Pero no podremos seguir a Jesucristo si no nos negamos a nosotros mismos y abrazamos con la mortificación la cruz que nos impone para que la llevemos: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz y sígame* (Mt. 16, 24). La vida de nuestro Redentor estuvo llena de padecimientos, de dolores y de desprecios, por lo que Isaías lo llamó: *Despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores* (Is. 53, 3). Así como la madre toma la medicina amarga para sanar al hijo enfermo, a quien da el pecho, así nuestro Redentor, decía Santa Catalina de Siena, quiso cargar con tantas penalidades para curarnos a nosotros,

pobres enfermos. Y si Jesucristo quiso sufrir tanto por nuestro amor, justo es que nosotros padezcamos por el suyo. Seamos, pues, como nos quiere San Pablo: *Siempre llevando por doquiera en nuestro cuerpo el estado de muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo* (2 Cor. 4, 10). Y «esto haremos, dice San Anselmo en el lugar citado, cuando nos mortifiquemos asiduamente, a imitación suya». He aquí uno de los deberes particulares de los que somos sacerdotes, «que continuamente celebramos los misterios de la pasión del Señor», como señalaba Hugo de San Víctor.

Los medios principales para adquirir la santidad son la oración y la mortificación, prefiguradas en las Sagradas Escrituras por el incienso y la mirra. *¿Qué es eso que sube del desierto como columna de humo sahumado de mirra e incienso?* (Cant. 3, 6). Y añade el texto: *Y de toda clase de aromas de mercader* (ibid), para significar que la oración y la mortificación arrastran en pos de sí de todas las demás virtudes. La oración y la mortificación son, pues necesarias para santificar al alma, pero se impone que la mortificación preceda a la oración. *Írme a la montaña de la mirra y a la colina del incienso* (Cant. 4, 6). Así invita el Señor a las almas a que le sigan, primero a la montaña de la mirra y luego a la colina del incienso (Cant. 4, 6). Decía San Francisco de Borja que la oración es la que introduce en el corazón el amor divino, pero la mortificación es quien prepara el lugar quitando la tierra, que impediría la entrada del amor divino. Quien va a tomar agua a la fuente con una vasija llena de tierra no llevará más que barro; hay, pues, que quitar la tierra para des-

pués tomar agua. Oración sin mortificación, decía el P. Baltasar Alvarez, es ilusión o poco dura. Y San Ignacio de Loyola decía que más se une con Dios el alma mortificada en un cuarto de hora de oración que la inmortificada en muchas horas. Por esto, habiendo oído en cierta ocasión el santo alabar a una persona de que era de gran oración, añadió: «Señal de que es de gran mortificación».

II. Necesidad de la mortificación interior

Tenemos alma y cuerpo. La mortificación *externa* es necesaria para reprimir los apetitos desordenados del cuerpo, la mortificación *interna*, para reprimir las aficiones desarregladas del alma. Todo esto va encerrado en aquellas palabras del Salvador: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz y sígame» (Mt. 16, 24). La mortificación externa está representada en las palabras *tome a cuestras su cruz*, y es también necesaria, como lo veremos pronto; pero la principal y más necesaria, como luego veremos, es la mortificación interna, comprendida en las palabras *niéguese a sí mismo*. Esta consiste en someter a la razón las pasiones desarregladas, como la ambición, la ira, la vanidad, el aprecio propio, la afición al interés, al juicio personal o a la propia voluntad. Dos géneros de cruces debemos llevar, dice San Agustín, una corporal y otra espiritual. Esta segunda es la más sublime, y consiste en gobernar los movimientos del alma (*Serm. 20 de sanctis*). La mortificación externa tiene, pues, por objeto resistir a los movi-

mientos de la carne, para someterla al espíritu; la mortificación interna tiene por objeto resistir los afectos del corazón para sujetarlos a la razón y a Dios; por esto la llama el Apóstol *circuncisión del corazón* (Rom. 2, 29).

Las pasiones, por lo demás, no son en sí malas, sino indiferentes; más aún, cuando están dirigidas por la razón son útiles, porque sirven para la conservación de nuestro ser; mas cuando se oponen a la razón son la ruina del alma. ¡Pobre alma abandonada de Dios, a merced de los propios deseos! Este es el mayor castigo con que la pueda castigar: *Por eso yo a la dureza de su corazón los entregué; que caminen conforme a sus antojos* (Ps. 80, 13). Dirijamos, pues, incesantemente al Señor la oración de Salomón: *Al alma desvergonzada no me entregues* (Eccli. 23, 6); Dios mío, no me abandones en mano de mis pasiones.

Hemos de poner toda nuestra atención en el vencimiento propio: *Vince te ipsum*. Diríase que San Ignacio de Loyola no sabía dar documentos mejor que éste; éste era el asunto principal de sus conversaciones familiares, vencer el amor propio, quebrantar la propia voluntad, porque decía que de cien personas de oración, más de noventa quedan apegadas a su parecer. Estimaba en más un acto de mortificación de la voluntad propia que muchas horas de oración llena de consuelos espirituales. A cierto hermano que se retiraba de la compañía de los demás para librarse de cualquier defecto, le dijo que algunos actos de mortificación, en semejante ocasión, le hubieran valido más que un año de silencio en una gruta. No es cosa pequeña, decía Tomás de Kempis, saberse renunciar en las cosas pe-

queñas (*De Imit.*, lib. 3, c. 39). Y San Pedro Damiano asegura que «de nada le valdrá a uno haberlo dejado todo si no se deja a sí mismo» (*Hóm.* 9). De aquí esta advertencia de San Bernardo a quien quiera dejarlo todo para darse del todo a Dios: «Ya que estás resuelto a dejarlo, todo no olvides de contarte en el número de las cosas que has de dejar» (*Declam.*, c. 1, n. 3). «Si no se renuncia a sí mismo, añade el Santo, no se podrá seguir a Jesucristo» (*Declam.*, c. 4). Nuestro Redentor *salta cual gigante a correr la ruta* (Ps. 18, 6); no puede, por lo tanto, añade San Bernardo, ir en pos de Jesús, que salta cual gigante, quien lo quiere seguir cargado con el peso de sus pasiones y afectos terrenos (*Declam.*, n. 2).

Sobre todo es necesario dedicarse a vencer la pasión dominante. Algunos hay que se mortifican en muchas cosas, pero se esfuerzan poco en dominar la pasión a que están más inclinados; éstos no podrán adelantar en los caminos de Dios. Quien se deja dominar por cualquier pasión desordenada está en grave peligro de perderse. Por el contrario, quien vence la pasión dominante vencerá fácilmente las demás. Vencido el enemigo más fuerte, ya es fácil vencer a los menos fuertes. Además, el honor y el mérito de la victoria se miden por la magnitud de la energía desarrollada. Por ejemplo, habrá quien no será codicioso de reputación; otro, por el contrario, no ambicionará honores, pero ambicionará dinero: si el primero no trabaja por practicar la mortificación, al verse despreciado de los demás, de poco le valdrá el desprecio de las riquezas; y así también, en cuanto al segundo, si no reprime su codicia de dine-

ro, de poco le valdrá el desprecio de los honores. En una palabra, cuanta mayor violencia se hace uno para vencerse, tanto mayor será su mérito y su provecho, como decía San Jerónimo (*De Imit.*, l. 1, c. 25). San Ignacio era de carácter violento y arrebatado, pero con la virtud se trocó en tan manso, que se le creía de naturaleza pacífica. También San Francisco de Sales era inclinado a la cólera, pero con la violencia que se hizo se trocó, según se lee en su *Vida*, en modelo de paciencia y de mansedumbre en medio de las injurias y calumnias de que fué colmado.

La mortificación externa, sin la interna, de poco sirve. ¿De qué aprovecha, dice San Jerónimo, extenuarse con ayunos y verse al cabo de ello repleto de soberbia? ¿De qué abstenerse de vino y luego estar borracho de odio? (*Ep. ad Celant.*). Dice el Apóstol que hay que despojarse del hombre viejo, es decir, del amor propio, para revestirse del hombre nuevo, es decir, de Jesucristo, que nunca se complació en sí mismo (Rom. 15, 3). Por eso San Bernardo compadecía el miserable estado de algunos monjes que vestían humildemente por fuera, y por dentro estaban revestidos de pasiones (*In Cant.*, serm. 16). Estos tales, decía, no se despojan de los vicios, sino que los cubren con algunas señales externas de penitencia, por lo que de nada valen los ayunos, las vigili-
as, los cilicios ni las disciplinas a quienes viven apegados a sí mismos y a sus cosas propias.

III. Práctica de la mortificación externa

Quien quiera ser todo de Dios, decía San Juan Clímaco, debe desprenderse especialmente de cuatro cosas: de las riquezas, de los honores, de los parientes, y, sobre todo, de la propia voluntad.

1.º De las riquezas

Hay que desprenderse, ante todo, del apego a los bienes y al dinero. Dice San Bernardo que «las riquezas cargan a quien las posee, manchan a quien las ama y afligen a quien las pierde» (*Ep.* 103). Recuerde el sacerdote que, cuando puso el pie en la Iglesia, protestó que no quería más bien que a Dios, diciendo: *El Señor es la parte de mi herencia y de mi copa; tú mi suerte tienes* (Ps. 15, 5). Por lo tanto, dice San Pedro Damiano, el clérigo que primero eligió a Dios por herencia y luego se dedica a aumentar dinero, injuria gravemente al Creador (*Opusc.* 27, proem.), en efecto, da a entender que Dios no es bien suficiente para contentar. Escribe San Bernardo, y así es en realidad, que «entre los avaros no hay avaro más ávido que el eclesiástico apegado a las riquezas» (*Serm. ad Past. in syn.*). ¡Cuántos sacerdotes no celebrarían misa si no fuera por aquella mísera limosna!; y ¡ojalá que nunca la celebrarían! Estos tales, como dice San Agustín, «no buscan el dinero para servir a Dios, pero sirven a Dios para hacer dinero» (*De civ. Dei.*, l. 11, c. 25). ¡Qué vergüenza, exclama San Jerónimo, ver al sacerdote ocupado en enriquecerse! (*Ep. ad Nepot.*).

Pero dejemos a un lado este punto de la vergüenza y hablemos del gran peligro de perderse en que se halla el sacerdote afanado en acumular dinero y efectos. Sí, exclama San Hilario, «a gran peligro se exponen los sacerdotes que se dedican a aumentar su capital» (*In Ps.*, 138). Y primero lo advirtió el Apóstol con estas palabras: *Mas los que pretenden ser ricos caen en la tentación y en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas, las cuales hunden a los hombres en el abismo de la ruina y de la perdición* (1 Tim. 6, 9). Y en qué excesos, ¡oh Dios!, ha hecho caer la codicia del dinero a no pocos sacerdotes: robos, injusticias, simonías, sacrilegios... Dice San Ambrosio: «Quien amontona oro despilfarra la gracia» (*Serm.* 59). San Pablo compara la avaricia a la idolatría: *Codicioso, que equivale a idólatra* (Ephes. 5, 5). Y con razón, porque el avaro hace al dinero dios suyo, es decir, su último fin.

«Quitad la pasión del dinero, dice el Crisóstomo, y acabaréis con todos los males» (*In 1 Tim.*, hom. 17, c. 6). Despojémonos, pues, si queremos poseer a Dios, de todo apego a los bienes de la tierra. Decía San Felipe Neri: «El que desea las riquezas no se hará santo». Nuestra riqueza, puesto que somos sacerdotes, no han de ser los bienes temporales, sino las virtudes; éstas nos harán grandes en el cielo y a la vez nos harán fuertes en la tierra contra los enemigos de nuestra salvación. He aquí las palabras de San Próspero: «Nuestras riquezas son la castidad, la piedad, la humildad, la mansedumbre; éstas son las que habemos de ambicionar, porque a la vez serán nuestro honor y nuestra fortaleza» (*De vita cont.*, l. 2, c. 13). *Como tengamos alimentos y abrigos, decía el Apóstol, con eso nos contentaremos* (1 Tim. 6, 8).

¿Dé que valen los bienes de la tierra, si un día los habremos de dejar y entre tanto no contentan nuestro corazón? Adquiramos diligentemente los bienes que nos acompañarán y harán por siempre felices en el cielo: *No atesoréis tesoros sobre la tierra, donde la polilla y el orín los hacen desaparecer y donde los ladrones perforan las paredes y roban; atesoraos más bien tesoros en el cielo* (Mt. 6, 19). Por eso el concilio de Milán aconsejó a los sacerdotes: «Atesorad, no los tesoros de la tierra, sino los de las buenas obras y almas conquistadas para el cielo».

He aquí por qué la santa Iglesia prohíbe tan rigurosamente y con censura a los eclesiásticos la negociación, como prescribe el Apóstol: *Nadie que se dedica a la milicia se deja enredar en los negocios de la hacienda, a fin de contentar al que lo alistó en el ejército* (2 Tim. 2, 4). El sacerdote se ha consagrado a Dios, y, por lo tanto, no ha de ocuparse más que en los asuntos de su gloria. El Señor no acepta los sacrificios vacíos y sin substancia. David decía: *Te ofreceré holocaustos succulentos con enjundia olorosa de carneros* (Ps. 45, 15). «Cuando un sacerdote se disipa en medio de los negocios del mundo, dice San Pedro Damiano, los sacrificios que ofrece a Dios, como la misa, el oficio y los ejercicios de piedad, son sacrificios vacíos, porque les quita la substancia, es decir, la atención y la devoción, y ofrece solamente la piel, la apariencia tan sólo externa» (*Opusc.* 12, c. 22). ¡Qué pena da ver a un sacerdote, que puede salvar las almas y obrar grandes cosas por la gloria de Dios, atareado en compras y ventas de animales o de granos y ligado a asociaciones mercantiles y préstamos con interés! «Ya que estás

dedicado a cosas grandes, dice Pedro de Blois (*De inst. Episc.*), no te ocupes en cosas viles». Entregarse a negocios terrestres, pregunta San Bernardo, ¿qué cosa es sino construir telas de araña? (*De cons.*, l. 1, c. 2). Como la araña se agota en la construcción de su tela, total para atrapar una mosca, así también, ¡Dios mío!, hay sacerdotes que se agotan perdiendo el tiempo y el fruto de sus obras espirituales, y ¿para qué? Para atrapar un poco de tierra. Cásanse, dice San Buenaventura, se inquietan por una nonada, cuando pueden poseer al Creador de todas las cosas (*Stim., div. am.*, p. 2.^a, c. 2).

Y quizás haya quien diga que esto lo hace sin excederse; intervengo en estos negocios, pero sin escrúpulo de conciencia. Respondo: en primer lugar, la negociación, como se ha dicho está rigurosamente prohibida a los seculares, aun cuando sea negociación justa; por lo que, si no pecan contra la justicia, al menos pecan contra la ley de la Iglesia. Además responde San Bernardo: «Al igual que el riachuelo socava las tierras por que pasa, así el cuidado de las negociaciones roe la conciencia, es decir, la hiere siempre en alguna cosa» (*De cons.*, l. 4, c. 69). «Aun cuando no hubiere mal mayor, añade San Gregorio, que «cuanto más nos ocupamos de los negocios terrenos, otro tanto nos alejamos del amor de Dios» (*Past.*, p. 2.^a, c. 7). Ciertamente que algunos sacerdotes se ven, a las veces obligados por necesidad a encargarse de los negocios domésticos, pero esto ha de permitirse solamente, dice San Gregorio, cuando es caso verdaderamente necesario (*Ep.* 14). Algunos sin necesidad, cargan con los asuntos familiares y hasta impiden que los parientes se mezclen entre ellos; pero si era su ánimo dedicarse a los asuntos

domésticos, ¿para qué se hicieron ministros de la casa de Dios?

Muy peligroso es también para los sacerdotes servir en las casas de los nobles. Dice Pedro de Blois que «así como los santos se salvan en medio de muchas tribulaciones, así los que se introducen en las cortes se condenan, debido a las muchas tribulaciones» (*De virginit.*, l. 3, c. 8). Por lo menos, pregunto: ¿Qué fondo de espiritualidad puede hallar el sacerdote que ejerce la abogacía? ¿Qué oficio, qué misa devota puede decir, cuando las incidencias del proceso se amontonan en su mente y le impiden pensar en Dios? Las causas que tiene que defender el sacerdote han de ser las causas de los pobres pecadores a fin de librarlos con sus sermones, confesiones o, al menos, con sus consejos y oraciones de las manos del demonio y de la muerte eterna. El sacerdote no sólo ha de evitar el encargarse de procesos ajenos, pero ni siquiera de los propios, en cuanto pueda ser. Todo proceso de bienes temporales es fuente de inquietudes, de resentimientos y de pecados. Por esto está escrito en el Evangelio: *Y al que quiere ponerte pleito y quitarte la túnica, entrégale también el manto* (Mt. 5, 40). Ciertamente que esto es sólo de consejo; pero procuremos, al menos, evitar los pleitos de poca monta. Quiero suponer que ganéis aquella miseria temporal, que salgáis airosos en aquel punto, pero perderéis grandemente en vuestro espíritu y tranquilidad. «Pierde algo, decía San Agustín, para que puedas pensar en Dios más que en los pleitos; pierde dinero para ganar descanso» (*Serm. 24, de verb. apost.*). Decía San Francisco de Sales que pleitear y no dar en locuras apenas si se concedió a los

santos, por lo que el Crisóstomo «condenaba a todo el que litigaba» (*In I Cor.*, hom. 16, c. 6).

Y ¿qué diremos del juego? Es cierto, según los cánones, que jugar a juegos de puro azar, frecuentemente y por largo tiempo, o aventurar gruesas sumas, constituirá pecado mortal, al menos cuando interviene el escándalo (AAs 34, 148). En cuanto a los demás juegos que se llaman de pasatiempo, no quiero meterme a decidir si son por sí mismos lícitos o ilícitos, pero sostengo que tales pasatiempos dicen muy poco en un ministro de Dios, que, si quiere desempeñar sus obligaciones consigo y con el prójimo no encontrará tiempo sobrado para emplearlo en juegos. Recuerdo haber leído en San Juan Crisóstomo: «El diablo es quien hizo arte de los juegos» (*In Mt.*, hom. 6); y en San Ambrosio: «Creo que habemos de evitar no sólo el abuso del juego, sino el juego mismo» (*Offic.*, l. 1, c. 23); y el mismo santo dice en el mismo pasaje que «si bien está permitida la recreación, pero no aquella que perturba el buen orden de la vida y que no conviene a nuestro estado» (*Ep.* 14).

2.º *De los honores*

En segundo lugar, el sacerdote ha de estar desprendido de los honores mundanos. Dice Pedro de Blois que «la ambición de los honores es la ruina de las almas» (*Ep.* 23). En efecto, la ambición trastorna el orden de la vida arreglada y de la caridad para con Dios. La ambición es, sostiene el mismo autor (*ibid*), la mona de la caridad, pero al revés, porque

la caridad todo lo sufre, pero en atención de los bienes eternos, al paso que la ambición todo lo sufre, pero en atención a los bienes perecederos. La caridad es benigna con los pobres; la ambición es benigna, pero con los ricos. La caridad todo lo sufre para agradar a Dios; la ambición todo lo sufre, pero por vanidad. La caridad todo lo cree, y espera cuanto se relaciona con la gloria eterna; la ambición todo lo cree, todo lo espera, pero en relación con la gloria mundana. ¡Qué de espinas, de temores, de reproches, de negativas y de ultrajes no tiene que sufrir el ambicioso para alcanzar aquella dignidad, aquel oficio!», exclama San Agustín (*Enarr. in Ps.*, 102). Y, finalmente, ¿qué ganan sino un poco de humo, cuya posesión no les satisface y que en breve tiempo, con la muerte, se habrá de desvanecer? *He visto yo al impío engreirse y extenderse cual frondoso cedro; andúvelo buscando, y no fue hallado. (De allí a poco), pasó, y no estaba (Ps. 36, 35). Los insensatos adquirirán la ignominia (Prov. 3, 35)*, dice la Sagrada Escritura. Y cuanto mayores son los honores, añade San Bernardo, tanto es más despreciado de los demás el sujeto indigno que se los procuró (*De cons.*, l. 2, c. 7). Porque cuanto es mayor el honor, tanto más da a conocer su indignidad quien lo pretende, como nota Casiodoro (*Variar.*, l. 12, n. 2).

Añádase a esto el gran peligro de eterna salvación que consigo traen los empleos brillantes. El P. Vicente Caraffa, visitando a un su amigo enfermo, a quien se le había confiado cierto oficio muy lucrativo y a la vez muy peligroso, oyó que el enfermo le pedía rogase a Dios le concediera la salud, a lo que el padre respondió: «No amigo mío; no quiero traicionar el afecto que os tengo; ésta gracia que Dios

os hace porque os quiere salvar, enviándoos la muerte ahora que os halláis en su amistad, cosa que quizás no aconteciera luego con el oficio que tenéis». Y el amigo murió pero sumamente consolado.

Especialmente se han de temer los empleos a los que va aneja la cura de almas. Decía San Agustín que «muchos le envidiaban el ser obispo, al paso que él se afligía por los peligros a que le exponía su dignidad» (*Serm. 65 de verb. Dom.*). Cuando consagraron obispo a San Juan Crisóstomo, le asaltó el temor, como él mismo dijo, que le parecía como salirse el alma del cuerpo por las dudas que le asaltaban de su eterna salvación, y repetía: «Mucho dudo si se podrá salvar un pastor de almas» (*in Hebr.*, hom. 34). Pues si los santos, elevados a la dignidad eclesiástica a la fuerza, temblaban justamente, por la cuenta que habían de dar a Dios, ¿cómo no ha de temblar quien ambiciosamente toma a su cargo la cura de almas? «La carga honorífica ha de estar en proporción, decía San Ambrosio, con las fuerzas del que la lleva, pues de no ser así, de hallarse débil, dejará caer la carga y le aplastará» (*Lib. de viduis*). El débil que carga con peso duro, en vez de llevarlo será aplastado. Dice San Anselmo que «quien ambiciona honores eclesiásticos, *por fas o por nefas*, no lo recibe, sino que los arrebatá» (*In Hebr.*, 5, 4). Lo mismo escribe San Bernardo: «Los que se introducen por sí mismos en la viña del Señor no son obreros, sino ladrones», como ya antes lo había predicho Oseas: *Se han nombrado príncipes sin yo saberlo* (*In Cant.*, serm. 30). Y después acontece, como dice San León, que «la Iglesia, go-

bernada por estos ministros ambiciosos, lejos de ser por ellos servida y honrada, queda envilecida y manchada» (*Ep.* 1).

Practiquemos, pues, este hermoso documento de Jesucristo: *Recuéstate en el último lugar* (Lc. 14, 10). Quien se sienta en el suelo no tiene temor de caerse. Tan sólo somos polvo y ceniza. «A la ceniza no le conviene estar en lo alto, dice el Angélico, pues estaría expuesta a que el viento la dispersara» (*De erud. princ.*, l. 1, c. 1). ¡Dichoso el sacerdote que pueda decir: (*Es mejor*) *estar en el dintel de la casa de Dios que morar en las tiendas opulentas* (Ps. 83, 11).

3.º De los parientes

En tercer lugar, hay que renunciar al apego a los parientes: *Si uno viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo*, dice Jesucristo (Lc. 14, 26). Pero ¿cómo debemos odiar a los parientes? Debemos cesar de conocerlos, dice un docto autor, siempre que se opongan a nuestro bien espiritual. Si impiden (son sus palabras) que un hijo sacerdote conforme su vida a la disciplina eclesiástica, si pretenden obligarle a tratar sus asuntos temporales, entonces debe odiarlos y huir de ellos como de enemigos que lo aparta de los caminos de Dios (Abelly, *Sacr. ch.*, p. 4.^a, c. 6); que es lo que había dicho San Gregorio: «Los que se oponen a que caminemos por los caminos de Dios han de ser considerados como extraños y hasta hemos de odiarlos y huir de ellos» (*In*

Ev., hom. 37). Pedro de Blois escribe: «Nadie es elegido para sacerdote si no dice a su padre y a su madre: Ignoro quiénes sois (*Ep.* 102). San Ambrosio escribe que «quien desea servir a Dios ha de separarse de los suyos» (*De Esau*, c. 2). «Cierto que se debe honrar a los padres, pero antes hay que obedecer a Dios», dice San Agustín (*Serm. C. de verb. D.*). Y, según San Jerónimo, «querer testimoniar a los suyos gran afecto, con perjuicio de la obediencia a Dios, no es piedad filial, sino impiedad para con Dios» (*Ep. ad Paulam*).

Nuestro Redentor declaró que había venido a la tierra a separarnos de nuestros padres: *Vine a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre* (Mt. 10, 35). Y ¿por qué? Por lo que añade: que en los asuntos espirituales, nuestros parientes son nuestros mayores enemigos: *Los enemigos del hombre serán los de su casa* (ibid. 36). San Basilio nos advierte, por tanto, que «evitemos, como tentación del demonio, encargarnos de los bienes de nuestros parientes» (*Const. monial.*, c. 21). ¡Qué pena da ver al sacerdote, que podría salvar a tantas almas, preocupado por completo en asuntos domésticos en economías domésticas, en el cuidado de los animales y otras cosas similares! ¡Cómo!, escribe San Jerónimo, «¿el sacerdote ha de dejar el servicio del Padre celestial para complacer al padre de la tierra?» (*Ep. ad Heliod*). Dice el santo que, cuando se trata de ir a servir a Dios, el hijo ha de pasar, si preciso fuere, sobre el cuerpo de su padre. «A causa de mi padre, se pregunta San Jerónimo, ¿habré de desertar de las banderas de Cristo? ¿Qué haces en la casa paterna, delicado soldado? ¿Por qué no te ha-

llas en el campo y en las trincheras? Aun cuando vieras a tu padre postrado en tierra en el umbral de la casa, habrías de pasar sobre él para volar, secos los ojos, hacia el estandarte de la cruz. El único modo de demostrar en esto la piedad es mostrándose cruel» (ibid).

Cuenta San Agustín que San Antonino Abad arrojaba al fuego las cartas que recibía de los suyos, diciendo: Os quemamos para que no me queméis» (*Ad Frat. oin er.*, serm. 40). Hay que desasirse de los parientes, dice San Gregorio, si se quiere estar unido con Dios (*Mor.*, l. 7, c. 18); de otra manera, añade Pedro de Blois, «el amor de la sangre apagará pronto en nosotros el amor de Dios» (*Ep.* 134). Difícilmente se halla a Cristo entre los parientes, que por eso preguntaba San Buenaventura: «¿Cómo os hallaré yo entre mis parientes, Jesús bueno, cuando fuisteis hallado entre los vuestros?» (*Spec. Disc.*, p. 1.^a, c. 23). Cuando la Madre de Dios encontró a Jesús en el templo y le preguntó: *Hijo ¿por qué lo hiciste así con nosotros?*, respondió el Redentor: *Pues ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que había yo de estar en casa de mi padre?* (Lc. 2, 48-49). Así debe responder el sacerdote a sus parientes cuando quieran cargarle con la carga de los asuntos domésticos: «Soy sacerdote y no me puedo ocupar más que en las cosas de Dios; a vosotros, que sois seculares, toca atender a las cosas del siglo». Esto precisamente dio a entender el Señor al joven a quien llamó en seguimiento suyo cuando le pidió permiso para ir a enterrar a su padre: *Deja a los muertos enterrar sus muertos* (Mt. 8, 22).

4.º *De la voluntad propia*

Sobre todo, hemos de desasirnos de la voluntad propia. Decía San Felipe Neri que la santidad consiste en cuatro dedos de frente, es decir, en la mortificación de la propia voluntad. Escribe Luis de Blois que «mortificar la voluntad propia es cosa más grata a Dios que resucitar muertos» (*sac. an.*, p. 1.^a, § 5, n. 3: ML., 183-289. 290). He aquí por qué muchos sacerdotes, párrocos y hasta obispos que vivían vida ejemplar, dedicados celosamente a la salvación de las almas, no contentos con ello, procuraron ingresar en alguna religión para vivir bajo la obediencia de otros, juzgando, como así es en realidad, que no podrían ofrecer a Dios sacrificio más grato que el de la voluntad propia. No todos son llamados al estado religioso, pero quien quiera caminar por las vías de la perfección es preciso, al menos, que someta su voluntad a la obediencia no sólo debida a su prelado, sino a la que de un padre espiritual que lo dirija en todos los ejercicios espirituales y hasta en los asuntos temporales de mayor peso relacionados con el provecho del alma.

Lo que se hace por voluntad propia, poco o nada aprovecha. *En vuestro día de ayuno encontráis un negocio* (Is. 58, 3). De lo que concluye San Bernardo: «Grande mal es la propia voluntad, que hace que nuestras buenas obras dejen de ser buenas» (*In Cant.*, serm. 71). El mayor enemigo que tenemos es la propia voluntad. «Cese la propia voluntad, decía San Bernardo, y no habrá infierno» (*In Temp. Pasch.*, serm. 3). El infierno está plagado de voluntades propias. ¿Cuál es, en efecto, la causa de nues-

tros pecados sino nuestra propia voluntad? San Agustín confiesa de sí mismo que cuando estaba en pecado se sentía forzado por la gracia a abandonarlo; pero se resistía a ello, ligado como estaba por una sola cadena, la de la voluntad propia (*Conf.*, l. 8, c. 5). San Bernardo añadía que la voluntad propia es tan contraria a Dios, «que los destruiría si fuera posible destruir a Dios» (*In Temp. Pasch.*, serm. 3). «Quien se hace discípulo de sí mismo, se hace discípulo de un necio», decía San Bernardo (*Ep.* 87).

Hay que saber que todo nuestro bien consiste en unirnos a la voluntad de Dios: *Su benevolencia de por vida* (Ps. 29, 6). Dios ordinariamente hablando, no da a conocer su voluntad sino mediante nuestros superiores, es decir, los prelados y los directores, a quienes dice: *El que a vosotros oye, a mí me desecha* (Lc. 10, 16). Por eso se señala en la Escritura como especie de idolatría el no someterse a los superiores: *La rebeldía es como pecado de adivinación* (1 Reg. 1 Sam. 15, 23). Por el contrario, afirma San Bernardo que de cuanto nos asegura el padre espiritual, con tal de que no fuese ciertamente pecado, habíamos de estar tan seguros como si lo dijese el mismo Dios. ¡Feliz quien pudiera decir en la hora de la muerte como el abad Juan: «Nunca hice mi voluntad ni enseñé a nadie sin haberlo practicado antes yo mismo» (*De coenob. inst.*, l. 4, c. 28-43). Casiano, que es quien refiere este ejemplo, enseña que con la mortificación de la propia voluntad se destruyen todos los vicios (*ibid.*). Y antes dijo el sabio: El hombre que escucha, habla a perpetuidad (Prov. 21, 28). Y en otro lugar: *La obediencia vale más que el sacrificio* (1 Reg. 1 Sam. 15, 22); porque quien sacrifica a Dios las limosnas, los ayunos, las

penitencias, le sacrifica parte; en cambio, quien sacrifica la voluntad propia, sometiéndola a la obediencia, le da todo cuanto posee, por lo que puede decir a Dios: Señor, después del sacrificio de mi voluntad nada tengo ya que ofreceros. De aquí que San Lorenzo Justiniano asegure que quien sacrifica a Dios la voluntad propia alcanzará de El cuanto se proponga alcanzar. Y Dios mismo prometió a quien renunciare a la voluntad propia elevarlo sobre la tierra y hacerle hombre celestial (Is. 58, 13-14).

Medios para vencerse a sí mismo

En cuanto a los medios que hay que adoptar para vencerse a sí mismo en todas las pasiones desordenadas, figuran las siguientes:

1. La oración: el que ruega, lo alcanza todo. La oración, siendo una, decía San Bernardo, lo alcanza todo. Y antes lo había dicho Jesucristo: *Cuanto quisiereis, pedidlo y lo obtendréis* (Io. 15, 7).

2. Violentarse con firme resolución de vencerlo todo.

3. Examinarse acerca de la pasión dominante, imponiéndose alguna penitencia siempre que se cayere.

4. Reprimir los deseos excesivos. San Francisco de Sales decía: «Quiero pocas cosas; y las que quiero, las quiero poco».

5. Mortificarse en las menudencias y hasta en las cosas lícitas, porque así adelantaremos hasta vencer en las grandes, privándonos, por ejemplo, de decir alguna broma, reprimir alguna curiosidad, co-

ger aquella flor, no abrir en seguida la carta, renunciar a aquel compromiso, ofreciendo a Dios el sacrificio, sin preocuparse si cederá o no en nuestro desdoro. ¿Qué fruto habiéramos sacado de tantas satisfacciones como nos habríamos procurado y de tantas empresas coronadas por el éxito? Si en tales ocasiones nos hubiéramos mortificado, ¡cuánto habríamos adquirido ante Dios! En adelante procuremos ganar algo para la eternidad; pensemos que nos acercamos a la muerte. Cuanto más nos mortifiquemos, menos sufriremos en el purgatorio y tanto mayor será nuestra gloria en el cielo, pues será eterna. En esta tierra estamos de paso, y pronto llegaremos a la eternidad. Concluyo con San Felipe Neri: «¡Loco es quien no se santifica!»

PLATICA IX

DE LA MORTIFICACION EXTERNA

I. Necesidad de la mortificación externa

Enseña San Gregorio que «nadie es digno de ser ministro de Dios ni de ofrecer el sacrificio del altar si antes no se sacrifica a sí mismo completamente a Dios» (*Apolog*, 1). Y San Ambrosio añade: «El sacrificio es verdaderamente agradable a Dios cuando uno se ofrece primeramente a sí mismo para poder luego sacrificar en nombre de los demás» (*De Cain et Abel*. l. 2, 6). Y el mismo Redentor dijo: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; mas si muere, lleva mucho fruto* (Io. 12, 24). Por

tanto, quien quiera rendir frutos de vida eterna «tiene que morir a sí mismo; es decir, que no se ha de desear nada para la propia satisfacción y se ha de abrazar uno con cuanto mortifica la carne», como escribe San Gregorio (*In Ev.*, hom. 2). «Quien está muerto a sí mismo, dice Lanspergio, ha de vivir en este mundo como si no viese, ni oyese nada, ni nada lo turbase o contentase, fuera de Dios» (Mt. 16, 25). «¡Dichoso trueque, exclama San Hilario, perder todas las cosas del mundo y hasta la misma vida para seguir a Jesucristo y conquistar la vida eterna!» (*In Mt.*, c. 16).

Según el pensamiento de San Bernardo, «aun cuando no hubiese otra razón para darnos del todo a Dios, bastaría tan sólo saber que Dios se ha dado completamente a nosotros» (*De modo bene viv.*, c. 8). Mas para entregarnos completamente a Dios nos debemos desasir de todo afecto terreno. «Cuanto menos se deseen los bienes de la tierra, dice San Agustín, más que se ama a Dios quien no desea nada, ama perfectamente» (*De div. qual.*, q. 36).

En la plática anterior hablamos de la mortificación interna; hablemos ahora de la externa, que consiste en la mortificación de los sentidos y que también es necesaria, pues debido al pecado llevamos con nosotros una carne enemiga que es contraria a la razón, como se lamentaba el Apóstol: *veo otra ley en mis miembros que guerrea contra la ley de mi corazón* (Rom. 7, 23), es decir, según Santo Tomás, «la concupiscencia de la carne, que contraría a la razón». Persuadámonos de que o el alma se coloca bajo los pies del cuerpo, o el cuerpo bajo los del alma. Dios nos dió los sentidos para que nos sirvamos de ellos no como nos plazca, sino según El

dispone; de aquí se sigue que habemos de mortificar los apetitos contrarios a la ley divina: *Los que son de Cristo Jesús crucificaron la carne con las pasiones y las concupiscencias* (Gal. 5, 24).

Por eso los santos se mortificaron con tanto ardor y fueron tan mortificados en su cuerpo. San Pedro de Alcántara se propuso no dar nunca satisfacción alguna a su cuerpo, y lo observó hasta la muerte. San Bernardo maltrató tan crudamente su cuerpo, que en la hora de la muerte le pidió perdón. Decía Santa Teresa: «Pues creer que (Dios) admite a su amistad estrecha gente regalada y sin trabajos, es disparate». «¡Oh caridad de los que verdaderamente aman a este Señor, añadía la santa, y conocen su condición! ¡Qué poco descanso podrán tener si ven que son un poquito de parte para que un alma sola se aproveche y ame más a Dios, u para darle algún consuelo, u para quitarla de algún peligro!». Y, según San Ambrosio, «quien no renuncia a satisfacer su cuerpo, no podrá agradar a Dios» (*In Lc.*, c. 9). Quien somete el espíritu a la carne, decía san Agustín, es un monstruo que «camina con la cabeza para abajo y los pies arriba» (*Ad Fratr. in erem.*, serm. 50). «Para fin más noble hemos nacido que para ser esclavos de nuestro cuerpo», decía Séneca a un gentil (*Ep.* 65). Con mayoría de razón hemos de hablar nosotros así, ya que por la fe sabemos que fuimos creados para gozar de Dios por toda la eternidad. Dice San Gregorio que «condescender a los deseos de la carne equivale a alimentar negocios» (*Mor.*, l. 30, c. 28).

Deplora San Ambrosio la desgracia de Salomón, diciendo que este rey infeliz tuvo la gloria de edifi-